

dicebatur, antequam sic nuncuparetur? aut qua ista Carthago, ex qua Tagus ortus? nova an vetus? an que alia? De mendo liquet, de castigatione non liquet. «¿Cómo Cartago le dió nombre al Tajo ó cómo se decía ántes que se llamara así, ó qué Cartago es ésta, de donde nace el Tajo? ¿La nueva, ó la vieja, ó qué otra? Del error consta, pero no de la enmienda.» Aquí trabaja este autor por enmendar este lugar, nec proficit hilum. Su engaño consiste en no tener noticia de la tercera Cartago, que fué en la Celtiberia, entre Priego y Torralba, á la falda de los montes Celtibéricos, de donde nace el Tajo, y adonde estaba Cartago la Vieja, como lo testifica Claudio Ptolomeo, en sus *Tablas*, fól. 28. De ésta, pues, trae su nacimiento Tajo, y así dijo muy bien San Isidoro: *Tagum Carthago nuncupavit*, etc. Pero cómo Cartago haya dado nombre á Tajo, dudó bien Antonio Delrio, pues no lo dijo San Isidoro, ni otro autor que yo haya visto hasta hoy, que ha salido á luz muy poco há, M. Máximo Cesaraugustano, cuyas palabras explican esta duda: *Gothi per idem tempus possidebant hic quidquid est á Cara Tagi, id est, á capite Tagi, quod est planicies dicta Tagus, ubi fluvius hic nascitur in Celtiberia usque ad immersionem eius, in oceanum prope Olisiponem*. De manera que de Cartago, que quiere decir en lengua antigua española Cabeza de Vega, porque *cara* significa cabeza, y Tajo vega (donde nace estero, y de aquí va á dar al Océano, cerca de Lisboa) tomó su nombre el Tajo; con que queda explicado el lugar de San Isidoro, y Antonio Delrio desengañado; aunque le debemos una buena indagación, y es, que Tajo, ántes que Cartago le diera el nombre, se llamó *Teodoro*, que quiere decir *dón divino*; y pruébalo con Aristóteles, en el libro *De admirandis auditionibus: In Iberia flumen Theodorus vocatum circa littora, multum arenæ aureæ volvit, ut fertur*. «En Iberia el río llamado Teodoro, cerca de las riberas lleva mucho oro en sus arenas, segun es fama.» Nota digna de hombre tan erudito, y gloriosa al Tajo toledano.

El segundo párrafo es, que el doctor Salazar de Mendoza, canónigo de esa santa iglesia, valiente escritor, dice en su libro de las *Dignidades seglares de Castilla y Leon*, y otros con él, que San Eugenio, discípulo de los apóstoles, fué el primero prelado de Toledo. Sin duda fué segundo, porque Flavio Dextro testifica, en su *Historia omnimoda*, que Elpidio fué creado obispo de Toledo, año 37 del nacimiento de Cristo, por el apóstol Santiago. Sus palabras son: *Alios, et S. Iacobus creavit episcopos, alterum Basilium, qui primus fuit Carthagini Spartariæ præsul, Eugenius Valentia Agathodorus Tarraconensis, Elpidius Toletanus, Ethenus Barcinonensis*, etc. Y el mismo autor dice que San Elpidio, con otros discípulos de Santiago, en la primera persecución de Neron, padeció martirio junto á Valencia por el juez Aloto, habiéndose juntado allí para hacer un concilio. Fué su muerte año del nacimiento de Cristo 65. Eugenio fué obispo de Toledo año 100, segun el dicho Dextro, fól. XVIII. El mismo canóni-

go pone en el capítulo v del *Origen de los condes* á Valderico, conde de Toledo; y pareceme que si hallára más condes de Toledo, que los hubiera puesto. Advértase, pues, que el año 590, día del arcángel San Miguel, hubo en Toledo una sínodo de setenta y dos obispos de España y Francia, donde asistieron muchos príncipes seculares, y entre ellos se halló Gudila, conde de Toledo, y Estéfano, conde y príncipe de Toledo. Contando los príncipes que se hallaron en esta sínodo, dice: *Et ex regis consilio Gudila comes Toleti: Ophilo comes Hispalensis: Nicolaus comes scantiarum, cognatus Ophilonis: Stephanus comes ex regia nobilitate, Ophilonis pater, et frater Fonsæ regis soceri, Toleti princeps, et multi alij catholici viri*. «Halláronse allí, dice, del Consejo Real, Gudila, conde de Toledo; Ofilon, conde de Sevilla; Nicolas, conde de la Copa, deudo de Ofilon; el conde Estefano, descendiente de la casa real, padre de Ofilon y hermano de Fonsa, suegro del Rey, príncipe de Toledo, y otros muchos católicos varones.» Pudiera tocar algunas cosas de Toledo que los cronistas de esa ciudad han olvidado; pero, como miés ajena, la dejo para sus dueños. Aunque para quien quisiere ser curioso de su patria, no fuera malo apuntar cómo el monasterio de San Benito, sobre el Tajo, le edificó el rey Witerico, y su primer abad fué Egila; y cómo en tiempo de Olimpio, segundo de este nombre, arzobispo de Toledo, se ensanchó la iglesia y fué dotada de una ilustre librería; y cómo por San Elpidio, arzobispo, á petición de algunos obispos, la provincia cartaginense, que hasta su tiempo habia sido una y obedecía al prelado de Toledo, fué dividida en *Carpetana* y *Cartaginense*; y cómo se hermanó la iglesia de Toledo, en tiempo del arzobispo Aurasio, con la romana y con la africana y con la de Milan; y cómo San Félix, arcediano de Toledo en tiempo de Melancio, padeció martirio en Sevilla, á 2 de Mayo, y otras cosas no indignas de memoria. Esto baste; que aunque vmd. tenga gusto de oír grandezas de su iglesia, no lo permite la reciente convalecencia. Trate vmd. de su regalo, y me mande cosas de su servicio, pues me tiene aquí por suyo. Nuestro Señor, etc. De Murcia y Junio 20.

EPISTOLA VIII.

Al licenciado Luis Tribaldo de Toledo.

Sobre la oscuridad del Polifemo y Soledades de D. Luis de Góngora.

Habia en Paulenca, una de las villas de la inclita Granada, un sacristan, si tosco por el lugar de su nacimiento, hombre de humor por lucidos intervalos que á veces le fatigaban. Éste, señor licenciado, estando un día en el camarero de su iglesia para tocar á las Ave Marías (costumbre santa de nuestra España), dió los primeros golpes con el compas ordinario; y viendo desde la torre toda la gente que estaba recogida en la plaza rezando, detúvose en el postrero golpe un gran rato, y dijo á un compañero suyo: *¡Hola, mira como te los tengo!*

A fe de hombre de bien que me parece que el archipoeta de Córdoba, *quem honoris gratia nomino*, ha querido representar estos días al sacristan de Paulenca, teniendo con su buen capricho á los más poetas de España descaperuzados, aguardando que dé la tercera campanada. No digo yo que este humor es natural en él, sino que ha sido *eutrapelia* y rato de entretenimiento, arrojando la capa capitular por el ameno prado, para desenfadarse del continuo coro, gustando de dar papilla á los demas poetas con esta nueva secta de poesia ciega, enigmática y confusa, engendrada en mal punto y nacida en cuarta luna; porque ¿quién puede presumir de un ingenio tan divino, que ha ilustrado la poesia española á satisfaccion de todo el mundo; ha engendrado tan peregrinos conceptos; ha enriquecido la lengua castellana con frases de oro, felicemente inventadas, y felicemente recibidas con general aplauso; ha escrito con elegancia y lisura, con artificio y gala, con novedad de pensamientos y con estudio sumo, lo que ni la lengua puede encarecer, ni el entendimiento acabar de admirar, atónito y pasmado, que habia de salir ahora con ambagiosos hiberbatos, y con estilo tan fuera de todo estilo, y con una lengua tan llena de confusion, que parecen todas las de Babel juntas dadas para cegar el entendimiento y castigar los pecados de Nemrot? ¿Es posible, poetas, que no habeis conocido que esto ha sido hecho, ó para prueba de su ingenio, como inventó Ausonio los versos monosilabos, y se inventaron ántes los ropáticos y los leoninos, no porque ellos sean buenos, sino para probar las fuerzas y caudal propio, ó para reirse de vosotros, pues quiere á fuerza de ingenio, con estas ilusiones haceros recibir por bueno lo que él conoce ser malo, vicioso y detestable? Y si acaso (lo que no pienso) habla de veras, y le parece que esta nueva secta de lenguaje poético debe ser admitida, confesaré de plano que, ó yo he menester purgarme con las tres Anticiras de Horacio, ó él va totalmente fuera de trastes. Entrando, pues, en este crítico laberinto, pregunto si la oscuridad es virtud ó vicio. Cualquiera responderá, con Tulio y con Quintiliano y con los demas maestros de la elocuencia, absolutamente que es vicio: *Brevis esse laboro, obscurus fio*. «Procurando ser breve, peço de oscuro.» La brevedad es virtud; digo la oración concisa y casta, que no tiene más ni menos de lo que ha menester, porque, si tiene más, es ambiciosa, si menos, es oscura, y por consecuencia viciosa. ¿Quién nos sabrá decir la causa de los que afectan la oscuridad? A la mano tenemos á Marco Fabio, en el lib. VIII de sus *Instituciones oratorias*, capítulo II: *Hinc enim aliqui famam eruditionis affectant, ut quædam soli scire videantur*. Habia tratado de la oscuridad, y dice luego: «Con ésta algunos pretenden la fama de erudicion, para que se entienda que ellos solos saben.» Y éste no es nuevo vicio; pues escribe Tito Livio que hubo un maestro que mandaba á sus discípulos hablasen oscuro, y así, cuando alguno venia con oración muy intrincada: «Ésta sí, decía, es mucho mejor, que yo no la

EPIST. II.

entiendo.» *Tanto melior, ne ego quidem intellexi*. De esto se rie bravamente Quintiliano; pero ¿quién no? Y él mismo dice lo que siente acerca de esto: *At ego etiosum sermonem dixerim, quem auditor suo ingenio non intelligit*. «Ociosos, vano y sin fruto es el lenguaje que el oyente ingenioso no entiende.» Y luego dice: *Quidam emutatis in perversum dictis de figuris, idem vitium consequuntur; pesima vero, qua verbis aperta, occulto sensu sunt*. «Algunos, dice, depravando los conceptos con figuras, incurren en el mismo vicio; y lo peor de todo es, que palabras muy claras producen sentido muy oculto.» ¿Hay más que decir para nuestro propósito? No por cierto. ¿Qué otra cosa nos dan el *Polifemo* y *Soledades* y otros poemas semejantes, sino palabras trastornadas con catacréses y metáforas licenciosas, que cuando fueran tropos muy legítimos, por ser tan continuos y seguidos unos tras otros, habian de engendrar oscuridad, intrincamiento y embarazo? Y el mal es, que de sola la colocación de palabras y abusión de figuras nace y procede el caos de esta poesia. Que si yo no la entendiera por los secretos de naturaleza, por las fábulas, por las historias, por las propiedades de plantas, animales y piedras, por los usos y ritos de varias naciones que toca, cruzára las manos y me diera por rendido, y confesára que aquella oscuridad nacia de mi ignorancia, y no de culpa suya, habiéndolo dicho dilucida y claramente como debe. Oigamos á Horacio lo que siente sobre esto; que es su voto de los mejores:

*Vir bonus et prudens versus reprehendit inertes,
Culpabit duros; incomitis allinet atrum
Transverso calamo signum: ambitiosa recidet
Ornamenta, parum claris lucem dare cogel:
Arguet ambigue dictum; etc.*

Oigamos también á Marcial, libro X, epigrama XXI:

*Scribere te quæ viz intelligat ipse Modestus,
Et viz Claranus, quid rogo, Sexte, iuvat?
Non lectore tuis opus est, sed Apolline, libris:
Iudice te maior Cinna Marone fuit.
Sic tua laudentur: sane mea carmina, Sexte,
Grammaticis placeant, et sine grammaticis.*

Quid enim prodest (dice San Agustín, lib. IV, *De doctrina christiana*) *locutionis integritas, quam non sequitur intellectus audientium?* «¿Qué importa el peregrino pensamiento, dicho con perfectísima gala, si no le alcanza el oyente?» Que hable el poeta como docto, consiéntolo y apruébolo, y es bien; que, ya por la divinidad de la poesia, ya porque los poetas son maestros de la filosofia y censores de la vida humana, hablen en sublime estilo y toquen cosas arcanas y secretas.

Lectorem delectando, pariterque monendo.

Virgilio, Horacio, Catulo, Propercio, Tibulo, Ovidio, Ausonio, Nemesiano, Fracastorio, Pontano, y otros mil, que entre los latinos reverenciamos, juntamente con nuestros españoles Lucano, Marcial, Séneca y Claudiano, claro escribieron, excepto algunos lugares de doctrina particular, ó historia recóndita, ó secretos de naturaleza, que,

como padres de las ciencias y como curiosos humanistas, siembran algunas veces por sus obras; y digo bien algunas veces, porque si lo hicieran siempre, cayeran en el vicio de obscuridad, condenada de todos los que bien sienten. Escucha á Ausonio, sobre la vaquilla que esculpió Mircn:

*Buccula sum celo divini facta Mironis
Aurea, nec factam me puto, sed genitam.
Sic me taurus inquit, sic proxima buccula mugit,
Sic victulus sitiens ubera nostra petit.
Miraris quod fallo gregem? gregis ipse magister.
Inter pascentes me numerare solet.*

¿Qué más claro? ¿qué más elegante? ¿qué más bien dicho? Entre Virgilio veamos cómo lo hace:

*Vix ea fatus erat, cum circumfusa repente
Scindit se nubes, et in æther purgat apertum.
Resistit Aeneas claraque in luce resistit,
Os humerosque Deo similis; namque ipsa decoram
Caesariem nato genitrix, lumenque inventæ
Purpureum, et letos oculis affarat honores.*

¿Hay claridad con tanta elegancia? ¿hay elegancia con tanta claridad? Bien sé que de cuando en cuando suelen estos graves autores tocar algo en que se detenga el lector, y repare en la sentencia, por estar oculta con algún paso de erudición, como se ve en nuestro Virgilio, cuando dijo: *Parmaque inglorius alba*; y en otra parte: *Et mutas agitare inglorius artes*; lugares ambos clarísimos en la forma de decir, si bien tocan algo de humanidad; porque, si dijo *adarga blanca*, fué porque los soldados no podían poner en el escudo ó adarga cifra, ni empresa, sin haber hecho primero alguna hazaña; y si dijo *mudas artes*, fué para significar la empírica y la cirugía, artes con que no se gana gloria ni fama, como de la medicina hipocrática, facultad gloriosa y digna de ser alabada. Marcial tocó, en los versos que diré luégo, una costumbre de los antiguos, que cuando se juntaban á hacer buena xera y beber alegremente, se ponían á la mesa coronados, y bebía cada uno tantas copas de vino como letras tenía el nombre de su dama. Entendida esta costumbre, ¿qué más claro pudo hablar Marcial cuando dijo:

*Nevia sex cyathis, septem Lucrina bibatur,
Quinque Licas, Lide quatuor, Ida tribus.
Omnis ab infuso numeretur amica Falerno:
Et quia nulla venit, tu mihi, somne, veni.*

Un amigo hizo este soneto á la muerte inextinguible:

Si iguales en el vuelo al tiempo cano,
En ligereza al ciervo fugitivo,
No pongas duda, cogeráte vivo
La que á Dios alcanzó en disfraz humano.
Escudo que forjó mágica mano,
Templado en aguas de Xalón lascivo,
No es bastante defensa; irás captivo
En la sarta común, tarde ó temprano.
Aureo sceptro de rey, sacra tiara,
Egis de Pálas, maza heróica fuerte
Quebranta y desmenuza como alheña.
Hombre, ten por verdad más que el sol clara,
Que si llegó la hora de la muerte,
En la mitad de Tibur es Cerdeña.

En este soneto solo el postrer verso es obscuro para quien no supiere que Tibur fué lugar sanísimo, y Cerdeña tan enferma y pestilente, que por ello fué un tiempo inhabitable; sabido esto, no tiene el verso obscuridad ninguna: lo que no vemos en esta poesía culta, que, sin haber doctrina secreta, sino sólo el trastorno de las palabras, y el modo de hablar peregrino y jamás usado ni visto en nuestra lengua, ni en otra vulgar, toscana, tedesca, flamenca ni francesa, camina como el lobo, que da unos pasos adelante y otros atrás, para que, así confusos, no se eche de ver el camino que lleva. Y cuando aquel modo de escribir intrincado se usara raras veces, pudiérase llevar, y se hallara ménos cansado nuestro entendimiento; pues tenía pausas para descansar, y uno con otro fuera comfortable. Mas un perpétuo modo de hablar obscuro, ó habemos de decir, con San Jerónimo, lo que dijo leyendo á Persio: *Non vis intelligi, neque intelligaris*, estrellándolo en una pared, ó traer atada al cinto la Sibila Cumea, que nos lleve por aquellos soterranos, y nos diga qué países y qué gentes son aquéllas, y qué moneda es la que allí corre, que, como ni tiene cruz, ni columnas de Hércules, ni castillos, ni leones, no la conocemos. Y el poeta, según Horacio, no puede sino

Signatum presente nota producere nomen.

Estas nuevas y nunca vistas poesías son hijas del Mongibelo, que arrojan y vomitan más humo que luz. Los Lapitas y Centauros fueron nubígenas, engendrados de las nubes; y así como nacieron, tomaron las armas unos contra otros, y dándose la batalla, brevisimamente remataron su plana. Otro tanto creo les ha de suceder á estos mal nacidos Polifemos, humosos y negros y, que por lo ménos les ha de quebrar el ojo el astuto marido de la casta Penélope. No siempre la obscuridad es viciosa; que cuando (como acabamos de decir) proviene de alguna doctrina exquisita, que el poeta señaló, no siendo muy á menudo, es loable y buena, como aquello de Marcial: *Venit, et epoto Sarmata pastus equo*; que, según Plinio, los sarmatas septentrionales bebían una gachilla muy rala de mijo, leche y sangre de caballo. Ni es viciosa, cuando alguna palabra ignorada de los hombres semidoctos escurrece la oración, como aquello del mismo autor: *Cui pila taurus erat*; y es otro: *Et crescunt media pegmata celsa via*; y aquel: *Addet et arcano mista Falerna garo*. Donde *pila* significa el dominguillo, *pegmata* las apariencias del teatro, *garo* un licor delicado, hecho de las entrañas y sangre del pescado alache, que los romanos echaban en el vino por cosa de gran apetito, y el mejor era el de nuestra Cartagena. Ni es viciosa, cuando queremos con ella disimular algún concepto deshonesto y torpe, porque no ofenda las orejas castas; que esto todos los escritores lo guardan; y así Virgilio dijo *geniale arum*. En esto no reparan los epigramatarios; que la materia de suciedad es suya; y eso es lo que advierte Marcial en el proemio del primero libro:

Lascivam verborum licentiam, id est epigrammatum linguam cecusarem, si meum esset exemplum. Sic scribit Catullus, sic Marsus, sic Peto, sic Gætulicus, sic quicumque perlegitur. «La deshonesta licencia de palabras, ó, por mejor decir, la lengua de los epigramas, excusárala, si yo fuera el primero. Así escribió Catulo, así Marsio, así Pedon, así Getúlico y cualquiera poeta epigramatario que se lee.» Ni es viciosa la obscuridad en los poetas satíricos; porque como ellos tiran flechas atisigadas á unos y á otros, y les hacen á los viciosos tragar la reprehension como pildora, la doran primero con la perifrasis intrincada y fingiendo nuevos nombres, para que quede disimulada la persona de quien hablan satíricamente; y ésta es la causa que tiene por disculpa la tal obscuridad. En los demás lugares siempre es viciosa, siempre es condenada de los retóricos, á quien toca el juicio de este pleito; y así todos la debemos impugnar como á enemigo declarado, aborrecer como á furia del infierno, evitar como á peste de la poética elocución. Agora, pues, examinemos algo de nuestro *Polifemo*, y verémos si hay en él las causas que disculpan y defienden á la obscuridad. La primera estancia dél es ésta:

Estas que me dictó rimas sonoras,
Culta sí, aunque bucólica, Talía,
Oh excelso Conde, en las purpúreas horas,
Que es rosa el alba, y rosicler el día;
En tanto que de luz tu niebla doras,
Escucha al són de la zampoña mía,
Si ya los muros no te ven de Guelva
Peinar el viento y fatigar la selva.

En esta ni en las otras siguientes estancias del *Polifemo*, ni fábula, ni historia, ni secreto natural, ni ritos, ni costumbres de provincias, veo que tengan necesidad de comentario. Luego síguese que el velo que entenebrece los conceptos de esta fábula es sola la frásis. Harta desdicha, que nos tengan amarrados al banco de la obscuridad solas palabras, y ésas, no por ser antiguas, no por ser inauditas, no por ser ficticias, no por ser nuevas ó peregrinas, sino por dos causas. La una por la confusa colocación de partes, la otra por las continuas y atrevidas metáforas, que cada una es viciosa si es atrevida, y juntas mucho más. Que la mala colocación de las palabras causen confusión vese claro en estos versos:

Estas que me dictó rimas sonoras,
Culta sí, aunque bucólica, Talía.

Por estas rimas sonoras que me dictó la culta Talía, aunque bucólica.

Treguas del ejercicio sean robusto,
por treguas sean del ejercicio robusto.

Rico de cuanto el huerto ofrece pobre,
por rico de cuanto ofrece el pobre huerto.

A las que esta montaña engendra arpias,
por á las arpias que esta montaña engendra. Y otros muchos versos de este género; y también queda confusa la frásis con la privación de los artículos

castellanos, que son forzosos en nuestra lengua, sopena de hablar vascongado; como:

En tablas dividida rica nave,
por en tablas dividida la rica nave.

Ninfa de Dóris hija la más bella
Adora que vió el reino de la espuma,

por adora á la hija de Dóris la más bella ninfa que vió el reino de la espuma.

Y otros infinitos versos de esta manera. Las perpétuas metáforas son también la principal causa de esta confusión y obscuridad; como:

Peinar el viento y fatigar la selva.

Aquí peinar el viento es atrevida metáfora, de que fué reprendido Ennio, porque dijo:

Iuppiter hibernas cana nive conspuat Alpes.

«Júpiter escupió la blanca nieve sobre los fríos Alpes.» También es atrevida aquella metáfora:

Mordaza es á la gruta de su boca.

Como ha sido notado el otro autor porque dijo: *Montes verrucosos*. En fin, todo está lleno de metáforas, que aunque sean muy buenas, por hallarse tan á hita vista unas de otras, y ser tan particulares y nuevas, se dejan sentir más presto; que las comunes lo son y no lo parecen. Según lo dicho (que no quiero salpicarlo todo), bien claro consta que la obscuridad del *Polifemo* no tiene excusa; pues no nace de recóndita doctrina, sino del ambigioso hiperbato tan frecuente y de las metáforas tan continuas, que se descubren unas á otras, y á un á veces están unas sobre otras. Supuesta esta verdad, ¿qué le mueve al autor de este y de otros tales poemas á desvelarse en buscar perifrasis obscuras, y embelesarnos con fantásticas formas de decir, para que no le entendamos? No hallo qué le mueva más de la razón arriba dicha, que es prueba de ingenio y ostentación de sus fuerzas. Si es eso, ya le concedemos esa gloria, y le confesamos que tiene tan felice ingenio, que podrá hacer imposibles, como no quiera sustentar que tiene ese por camino cierto de la elocución poética; pues me ha de conceder que cualquier escritor pretende en sus obras enseñar, deleitar y mover, y que la obscuridad cierra á cal y canto las puertas de los tres oficios; porque ¿cómo será enseñado el que no entiende la cosa? ¿cómo deleitará el que no es entendido? ¿cómo moverá los ánimos al lector, que se queda ayuno de cuanto lee una vez y otra? No quiero apretar más los cordeles; que ya la verdad centellea por los ojos, y como hacha resplandeciente alumbra y se deja ver. El lector se corre de volver y revolver tantas veces sin adivinarlos, el oyente se duerme al són de los incomprendibles enigmas, y finalmente, yo me canso perdiendo el tiempo, joya preciosísima, en cosa ménos útil que molesta, y más temeraria que gloriosa. Vmd., señor licenciado, eche su baston, y como tan gran crítico, me diga su sentimiento, que será para mí oráculo indubitable y cierto. Nuestro Señor guarde á Vmd., etc. De Murcia y Noviembre 15.

EPISTOLA IX.

Don Francisco del Villar al padre maestro Fr. Juan Ortiz,
ministro de la Santísima Trinidad en Murcia.

*Sobre la carta pasada del Polifemo y Soledades de
D. Luis de Góngora.*

En otras he dicho á V. P. mi sentimiento acerca de la erudicion y ingenio del licenciado Francisco de Cascales, cuya amistad á V. P. envidio, y á quien quiero dé mis saludes y recomendaciones, y excuse esta niñería, pues mayores estudios lo serán en sus manos; que sólo ha sido querér arrojar la capa, si ya no capitular por indigno, la propia al prado para desenfadarme un poco. Excelente cosa es comparar al Mongibelo las poesías oscuras, y llamarlas hijas suyas; pues, como dice el amigo, todo es humo; y el faltarles la luz, pienso que nace de que, divertidos en el ambaje y circunloquios, no buscan los conceptos. ¡Oh, qué bien dice San Jerónimo! No he visto, ni oído mayor donaire en mi vida; parece que le sobornó para el intento. Y lo que más estimo es, que concluye con aquel argumento tan insoluble, y doctrina tan importante, de proponer las obligaciones que cualquiera debe procurar cumplir en sus escritos, y que todas se pierden con la obscuridad. Yo sospecho que lo que á este poeta le ha hecho obscurecerse, es permitirlo las materias que ha tratado con tanta agudeza. Perdóneme Marcial aunque no sé si le perdonara los muchos conceptos que le hurta, y la sal con que los guisa. Si ha satirizado superiormente, dígame el Coridon; si ha tocado fábulas con más valentía que otro ninguno, dígame el principio de las *Soledades*:

Era del año la estación florida,
En que el mentido robador de Europa,
Media luna las armas de su frente,
Y el sol todos los rayos de su pelo,
Luciente honor del cielo,
En dehesas azules paze estrellas.

Que parece que eleva, y más con aquel adjunto *mentido*, que siempre que lo considero, me dan impulsos de levantarle estatua. Pues bien se toca el punto de astrología; y el *paze estrellas en dehesas azules* escribase con letras de oro; y no cansen las cosas por tener mucho bueno; que es lástima que los retóricos presuman de un ingenio que es causa de agudezas y metáforas continuas; como si no hubiera hombres que en su vida pudieran llevar el ágrío en ninguna comida, y otros que no estiman otra moneda que el oro. Si nuestro poeta tratara de alguna historia, culpáramosle en hora buena, porque, como los heroicos hechos y grandiosas hazañas se proponen para que todo el mundo las imite y entienda, es bien se traten con el estilo claro; mas conceptos sutiles, levantados de punto, singulares alusiones, pinturas fabulosas, galanas fábulas á propósito, *qui potest capere capiat*; y si sabe hacer todo esto, díganlo sus obras todas, y comencemos por el principio del *Polifemo*, que es pasmoso:

El mar Siciliano

El pié argenta de plata á Lilibeo,
Bóveda ó de las fragias de Vulcano,
O tumba de los huesos de Tifeo.

¿Qué mayor gala? ¿qué más linda pintura de aquellos volcanes? ¿qué más bien tocada la fábula de los gigantes, y qué mas bien dispuesta la descripción del sitio? Y particularizando más mi intento, cotejemos á D. Luis con los poetas latinos, á cuya superioridad todo el mundo reconoce vasallaje y se rinde, y verémos si los imita, y aun si los excede y sobrepuja. Por cierto que no supieron ellos más bien su lengua que el nuestro la suya. Y veamos si usan de transmutaciones, y no nos cansemos buscando, sino miremos desde los primeros versos de sus obras, que parece que lo toman por oficio. Virgilio:

*Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi,
Silvestrem tenui Musam meditaris avena.*

Que si ahora dijera uno: *Oh Tiro, que en una vimbrosa recostado haya, tu silvestre ejercitas delicada musa con zampoña*, sin duda dijéramos que hablaba en jerigonza.

*Barbara Pyramidum sileat miracula Memphis,
Assiduus iacet nec Babylona labor.*

(Marcial.)

Divitias alius fulvo sibi congerat auro.

(Tibulo.)

*Pellaco quondam prognatae vertice pinus
Dicuntur liquidas Neptuni nasse per undas.*

(Catulo.)

Mæcenas atavis edite regibus.

(Horacio.)

Mas dejemos estos, que se precian de oscuros, y vamos á otros de más suavidad. Ovidio, en sus *Metamorfosis*:

*In nova fert animus mutatas dicere formas
Corpora: Di captis, nam vos mutastis et illas,
Aspirate meis.*

Emula cur cesas finem properare senectus?

(Cornelio Galo.)

Bella per Emathios plusquam civilia campos.

(Lucano.)

Todos los cuales usan licencias y transmutaciones harto más atrevidas y temerarias que las nuestras. Pues Terencio aparta el adverbio de su adjetivo: *Omnes, quibus res sunt minus secunda, magis sunt nescio quomodo suspiciosi*. ¿Y qué mayor transmutacion, ni más dura, que esa de Ovidio?

Ad mea perpetuum deducite tempora carmen.

Pues bien sabemos que ninguno se la gana en facilidad natural, y así el obscurecerse lo hace muy de intento. Y si era falta el escribir claro, véase á Marcial respondiendo á una objecion de Zoilo, libro II, epigrama 58:

*Pezatus toties rides mea, Zoile, trita,
Sunt hæc trita quidem, Zoile, sed mea sunt.*

De manera que parece que en este tiempo andaban los mismos pleitos que hoy tenemos. Más claro lo dice el mismo, libro II, en un epigrama al lector:

*Qui gravis es nimium, potes hinc iam, lector, abire
Quolibet: urbane scripsimus ista togæ.*

Y por imitar en todo al nuestro, parece que tuvo este autor dos métodos de escribir; y habiéndole cansado el primero, siguió el segundo, aunque contra el parecer de muchos. Bien claro lo dice en el libro VI, epigrama 60:

*Laudat, amat, cantat nostros mea Roma libellos:
Meque sinus omnis, me manus omnis habet.
Erubuit quidam, pallet, stupet, oscitat, odit,
Hoc volo: nunc nobis carmina nostra placent.*

Pues si el obscurecerse y usar de transmutaciones es tan ordinario, y se alaba en los poetas latinos, ¿por qué en los españoles se ha de reprender, y más en quien los usa con tanto donaire y suavidad? Y si allí fué lícito, ¿qué delitos ha cometido nuestra lengua, para no gozar de las exenciones y privilegios que la latina? Pues si la disparidad está en que no hace tan buena consonancia al oído, muchos la aprueban, aunque la reprueban muchos; y no habiendo otra razón que el gusto de cada uno, no debe reducirse á disputa, pues de gustos no la ha de haber, sino que cada uno siga lo que más bien le parezca. Yo sospecho que lo que á Horacio le ocasionó á poner en su Arte una cuestion que comienza:

*Natura feret laudabile carmen an arte,
Quæsitum est; etc.,*

nació de esta variedad en la disposicion en las partes de la oracion, y de la licencia que la poesía se ha tomado para tropos y figuras licenciosas. Mas el argumento mayor que yo me hago para excusar la oscuridad de los escritos de don Luis, es ver que en la lengua latina escribieron Ciceron y Paulo Manucio, y en la misma Horacio y Marcial, y á aquéllos entendemos como si hablarán en la nuestra materna, y éstos nos hacen trabajar, como si no tuviéramos principios de la gramática. Pues, supuesto que los unos y los otros aciertan, ¿de dónde hemos de tomar tan notable diferencia, si no es del diferente modo de disponer las frases que tiene el orador del poeta? Oficios son bien diferentes, como dicen todos los retóricos. Algo dice C. Galo, elegía I:

*Dum juvenile decus, dum mens sensusque monebat,
Orator toto clarus in orbe fuit,
Sæpe poetarum mendacia dulcia finzi; etc.*

Pero más claro Juvenal, y más á propósito, en la sátira VII:

*Sed vatem egregium, cui non sit publica vena,
Qui nihil expositum solet deducere; etc.*

Si ya no es que ha de dañar á este caballero lo que le hace digno de premio, que es haber usado de frases nuevas en nuestra lengua, imitadas de la latina, y haberlas amplificado con notable gala y agudeza; pues mirando la mejor retórica que hasta hoy tenemos, y lo mejor de sus obras, que es el *Arte poética* de Horacio, verémos que esto no tiene inconveniente; pues, como en todas las cosas, tambien se extiende á las palabras la jurisdiccion del uso:

Ut silvæ pronos foliis mutantur in annos; etc.

Y más abajo:

*Mulla renascentur, quæ iam cecidere, cadentque
Quæ nunc sunt in honore vocabula, si volet usus.
Quem penes arbitrium est, et ius et norma loquendi.*

No sé qué más claro se pueda decir; y lo que me admira es, que despues de haberlo satirizado, le imitan todos, quedando pasmados de oír que á las aves llamaba *cítaras de pluma*; y Lope, en su *Andromeda*, llama á los anades *naves de pluma*, y otras infinitas imitaciones, que dejo por no cansarme y cansar á V. P., á quien suplico á estas impertinencias dé tantas permisiones cuantas yo di admiraciones y alabanzas al ingenio del amigo, que por ser el que así lo es otro yo, pienso lo habrá reputado V. P. por servicio personal; á quien nuestro Señor, etc.

EPISTOLA X.

A. D. Francisco del Villar al licenciado Francisco de Cascales.

Contra su apología.

Por lo que yo he visto en la apología de vmd., y por lo que me ha dicho nuestro padre ministro, fray Juan Ortiz, oráculo de letras humanas y divinas, conozco el favor que se me hace honrándome con su voto, que si no viniera tan lleno de afecto, pudiera haberme desvanecido; si bien le estimo, por ser de vmd., por bastante á calificar al mejor sujeto de España. La deuda en que vmd. me pone es mucha; y pues no puedo (confiésolo) pagarla, hago cesion de bienes desde luégo, y me doy por esclavo de vmd., de quien se puede servir como, en fin, de cosa propia, y pues ya estoy dentro de los umbrales, y de la casa y museo de vmd., quiero animarme á cosas mayores, y probar la mano en conferir algo con vmd. acerca de la poesía nueva de D. Luis de Góngora, y su defensa. Lo primero que vmd. hace en su discurso ingenioso y docto, es citar algunos lugares elegantes, agudos y cultos de sus obras. Mas ¿cuáles no lo son? Digo, pues, conformándome con vmd., que á ese caballero siempre le he tenido y estimado por el primer hombre y más eminente de España en la poesía, sin excepcion alguna, y que es el cisne que más bien ha cantado en nuestras riberas. Así lo siento y así lo digo; pero, como yo concedo esto, me ha de conceder vmd. y todos los doctos, que han de ser en esto solamente oídos, que aquella oscuridad perpétua debe ser condenada. No quiero repetir las razones que tengo dadas en esotra carta, que vmd. ha visto, que sería *actum agere*; sólo iré satisfaciendo con la brevedad posible á las que vmd. da en su *Apología*. Dice vmd. que no hizo cosa nueva D. Luis en la disposicion de su lenguaje y en el trastruenco de palabras, pues lo mismo se halla en todos los poetas latinos; y que si aquéllos son alabados por ello, ó á lo ménos no reprendidos, que por qué lo ha de ser D. Luis, siguiendo las pisadas de tan doctos varones como fueron Virgilio, Tibulo, Horacio, Ovidio y Juvenal, á quien vmd. alega para librarle de culpa, y enviarle hecha la barba al templo de Júpiter Capitolino.

La solución de este argumento me parece fácil, porque la lengua latina tiene su dialecto y propio lenguaje, y la castellana el suyo, en que no convienen. Que el trastorno de palabras sea natural en la latina, si es menester, traeré para ello seiscientas autoridades. Y para que vmd. entienda que esto, no sólo corre en los poetas, ni es estilo propio de ellos, sino común á la lengua, serán todas de prosa latina, y de sólo Ciceron, sol de la elocuencia:

Animadverti, iudices, hanc accusatoris causam in duas divisam esse partes. En la oración *pro Rabirio*: «Considero, jueces, esta del acusador causa, en dos dividida estar partes.»

Quæ sunt urbanarum maledicta litium. *Philippica* XIV: «Que son de urbanos murmuraciones pleitos.»

Testis est Gallia, per quam legionibus nostris in Hispaniam iter Gallorum interreptione patefactum est. *Pro lege Manilia*: «Testigo es Francia, por la cual á legiones nuestras para España camino, con de los franceses matanza, abierto fué.»

Cum multa annorum intercesserint millia ut omnium siderum, eodem, unde profecta sunt, fiat ad unum tempus conversio. *De finibus*: «Como muchos de años hayan pasado millares, para que de todas las estrellas, allá de donde salieron, se haga á un tiempo conversión.»

Gloria est illustris ac pervagata multorum et magnorum vel in suos cives, vel in patriam, vel in omne genus hominum fama meritorum. *Pro Marcello*: «La gloria es una ilustre, entendida de muchos, y grandes, ó para sus ciudadanos, ó para la patria; ó para todo género de hombres fama méritos.»

Messoria se corbe contexit Gracchus. *Pro Sextio*: «Con la segadora se corvilla cubrió Graccho.»

Coriolanus, quod adiutor contra patriam ei inventeretur nemo, mortem sibi conscivit. *In Lælio*: «Coriolano, porque ayudante para la patria hallaba ninguno, muerte se dió.»

No quiero cansar ni cansarme con más ejemplos, que es trabajo infinito. De manera que éste es idioma de la lengua latina, y no de la castellana, ni de otra ninguna vulgar, hijas de la romana, que son la española, italiana y francesa. De la nuestra no son menester testimonios, pues es cosa más clara que el sol. La italiana tampoco admite esos trastruecos.

Voi che ascoltate in rime sparse il suono.
(Petrarca.)

Fina che tolli Durindana al conte.
(Ariosto.)

Ni ménos la francesa, así en prosa como en verso. En Salmonio Macrino hay este título en prosa: *Ode à Salmon Macrin, sur la mort de sa Gelonis, par Joachin du Bellay.* «Oda á Salmon Macrin, sobre la muerte de su Gelonis, por Juachim de Bellay.» Y luégo comienza la oda:

*Tout ce qui prent naissance,
Est perissable aussi,
L'indubitable puissance
Du sort le veut ainsi; etc.*

«Todo lo que tiene nacimiento es fuerza ser pe-

recedero y sujeto al inevitable hado.» Donde se ve que ni en prosa ni en verso usa el frances ni el italiano de las trasposiciones de D. Luis. No niego yo que la frásis poética sea algo más oscura, pero no es revuelta ni confusa en la manera dicha. El poeta dice *la cuarta luz* por el cuarto día; *sale Titan de lavar sus caballos en el oriental Océano*, por sale el sol; *era el tiempo que Apolo doraba los cuernos del toro*, por era el mes de Abril; *la copa de Marte*, por el escudo; *la tierra Mavorcia*, por Roma; *rie dulce*, por dulcemente; *pisa gallardo*, por gallardamente, y otros mil modos, por tan usados, bien claros. Siendo, pues, cierto que la lengua latina y castellana corren por diferentes caminos, quererlas don Luis llevar par una misma madre es violentar á la naturaleza y engendrar monstruosidades. Dice vmd. adelante que Marcial padeció en su tiempo lo mismo que D. Luis agora, que del estilo claro se pasó al oscuro; yo no veo por dónde se pruebe eso, porque el epigrama *Pexatus pulchre*, que Zoilo iba con una toga de pelo más ajena; y que él, aunque la llevaba raída, era suya. Y en el epigrama *Qui gravis*, etc., dice Marcial que los hombres severos y graves no lean sus versos, que son saturnalicios, y por consecuencia lascivos; que él no los escribe sino para la gente popular, que gusta de picardías. Y el epigrama *Laudat, amat*, etc., habla como un maldiciente, que no podía sufrir que Marcial fuese tan celebrado por toda Roma, y dice que sin duda eran buenos sus epigramas, pues aquél hacia tantos extremos, rabioso de invidia; y aquello de Horacio, *Multa renascentur*, etc., de ningun modo alude á la frásis poética, sino á los vocablos nuevos, que es permitido hacerlos, como sea con modestia, *parce detorta*. Y es otro lugar: *Natura feret laudabile carmen, an arte*, etc., ni se acuerda de este nuevo estilo, ni habla de la licencia de los tropos y figuras. La duda fué, ¿qué hacia más excelente á la poesía, la vena ó el arte? Y responde que ambas son necesarias juntamente, y que la una á la otra se dan las manos. Puede ser que ojos más línceos que los míos juzguen esto de otra manera. También afirma vmd. que los poetas latinos afectaron la oscuridad, y que señaladamente lo dice Juvenal en la sátira VII:

*Sed vatem egregium, cui non sit publica vena,
Qui nihil expositum soleat deducere; etc.*

Yo añado á eso lo que dice Horacio:

*Neque enim concludere versum
Dixeris esse satis, neque si quis scribat uti nos
Sermoni propria, putes hunc esse poetam.
Ingenium cui sit, cui mens divinator atque os
Magna sonaturum, des nominis huius honorem.*

Considérese, pues, bien que de ningun modo dice Juvenal ni Horacio que el poeta haya de ser oscuro, sino que no ha de ser trivial, ni trovador humilde, ántes severo y docto, que diga grandes conceptos y toque cosas de erudición. Dice Marcial, libro II, epigrama LXXXVI, que las nuevas invenciones son cosas de vulgo:

*Scribat carmina circulis Palæmon,
Me raris iuvat auribus placere.*

Escriba Palemon versos al vulgo;
Que yo á los doctos dar contento quiero.

Y este mismo epigrama tiene arriba lo que yo he menester para mi propósito:

*Quod nec carmine glorior supino,
Nec retro lego Sotadem cinædum,
Nusquam Græcula quod recantat Echo,
Nec dicat mihi luculentus Alys
Mollem debilitate Calliambon,
Non sum, Classice, malus poeta.
Quid si per graciles vias Petauri
Invitum iubeas subire Ladam?
Turpe est difficile habere nugas,
Et stultus labor est ineptiarum.*

Dice Marcial que si bien él no hace versos retrógrados, ni sotadicos, ni hechos, ni afectados y muy coloridos, como Atis, que no por eso es mal poeta; ántes bien quiere seguir el camino que todos los poetas insignes han tenido, sin nuevas invenciones y artificios; y que estas novedades son buenas para el vulgo, y no para los doctos, á quien él pretende dar gusto; y que no porque el famoso corredor Lada no sepa andar por la maroma, como Petaurista arlequin, perderá la buena opinión de gran corredor, como tampoco la perderá el poeta que dejase la ambiciosa poesía de los *Polifemos* y *Soledades*, y aquellas dificultades de los cultos sin provecho ninguno; y que sea esta poesía inútil, pruébolo. Ella no es buena para poema heroico, ni lírico, ni trágico, ni cómico; luego es inútil. ¡Gracioso trabajo sería la *Ulisea* ó *Eneida* escrita en aquel enigmático lenguaje! Pues una comedia ó tragedia de aquella manera, ¿qué estómago le hará al auditorio? Pareceráles que son sordos y necios, pues teniendo oídos no oyen, y teniendo alma no entienden. En fin, todo esto es un humor grueso que se le ha subido á la cabeza al autor de este ateísmo y á sus secretarios, que como humor, se ha de evaporar y resolver poco á poco en nada. Tantos tropos causan alegorías, tantas alegorías engendran enigmas, y las enigmas no son para la poesía, ni son cosa que merece respuesta. Dice el mantuano Daméas:

*Dic quibus in terris et cris mihi magnus Apollo,
Tres pateat cæli spatium non amplius ulnas?*

Responde Menálcas:

*Dic quibus in terris inscripti nomina regum
Nascantur flores, et Phyllida solus habeto?*

Aquí el uno pregunta, y el otro no responde, sino pregunta; y ninguno desata al otro el enigma propuesto. Pues ¿por qué? Porque son insolubles, inútiles y nugatorias, que sólo sirven de dar garrote al entendimiento. De Homero se dice que murió de pena de no haber podido dar solución á un enigma que le propusieron ciertos pescadores. ¡Oh diabólico poema! Pues ¿qué ha pretendido nuestro poeta? Yo lo diré: destruir la poesía con este silogismo. Yo he subido la poesía en la más alta cumbre que se ha visto, y no he sido premiado por ella condignamente; si la fuerza de mi caudal

poético vive en mí, como suele, quiero dar fin y cabo á trabajos tan mal agradecidos; y así, echando el cartabon, vió que por este camino resolvería en cenizas frias esta arte tan infelice. ¿En qué manera? volviendo á su primero cáos las cosas; haciendo que ni los pensamientos se entiendan, ni las palabras se conozcan con la confusión y desórden. Si don Luis se hubiera quedado en la magnificencia de su primer estilo, hubiera puesto su estatua en medio de la Helicon; pero con esta introducción de la oscuridad, dirémos que comenzó á edificar, y no supo echar la clave al edificio; quiso ser otro Icaro, y dió nombre al mar Icaro:

*Qui variare cupit rem prodigialiter unam,
Delphinum in silvis appingit fluctibus aprum.*

Por realzar la poesía castellana, ha dado con las columnas en el suelo. Y si tengo de decir de una vez lo que siento, de príncipe de la luz se ha hecho príncipe de las tinieblas; y el que pretende con la oscuridad no ser entendido, más fácilmente lo alcanzará callando. Así lo dijo Favorino: *Quod si intelligi non vis, hoc abunde consequeris tacens.* No le quito yo la licencia de algunos lugares oscuros con causa; mas afectar la oscuridad, eso se vitupera. La poesía es como la pintura, testigo Horacio, la cual mucho tiempo se usó sin sombra. Inventóla Polignoto con gran felicidad; porque, realmente, la sombra hace campar las demas partes, que estaban sin ella lánguidas y casi muertas. Eso también debe hacer el poeta, traer algunos pasos de recóndita erudición que levante la poesía, y con eso parecerá docto, y hará lo que los poetas griegos y latinos con grande alabanza hicieron; porque siendo todo oscuro, es pintar noches, que aunque pintura valiente, es desagradable y no para ordinaria.

Perdone vmd., que me he arrojado temerariamente; pues bastaba que vmd. tuviera otro parecer y gusto, para que me ajustára con él; pero habrá valido mi atrevimiento para distinguir la prudencia de vmd. de mi ignorancia, que confieso llanamente. Nuestro Señor á vmd. guarde. De Murcia y Enero 13.

DÉCADA II.

EPÍSTOLA PRIMERA (1).

Al doctor Salvador de Leon.

Contra los bermejós.

Pregúntame vmd., Sr. Doctor, que cómo me va de pleito con Pedro de Molina, y si estamos ó estaremos de acuerdo sobre las canales que han sido la rémora del edificio de mi casa. Respondo, señor, que ni tengo pleito, porque aunque se pierda la casa, no quiero pleitearla; ni estamos de acuerdo, porque un sí y un no son malos de acordar. La verdad es que cuando Pedro de Molina y yo fuimos á ver el solar para tratar de su compra, viendo dos canales

(1) Si en esta carta se hallan algunas expresiones vulgares y poco sólidas, al fin de ella dice Cascales el motivo que tuvo en escribirla, para que nadie se ofenda.